

LA NEGACIÓN Y LOS HECHOS

María Josefina Norry

Universidad Nacional de Tucumán
Argentina

RF Desde los comienzos de la reflexión filosófica la negación ha sido una fuente permanente de asombro, y es posible que algunas de las construcciones metafísicas más importantes se hayan edificado en el intento de dar respuesta a este problema. La cuestión particular que ahora plantearemos es la relación que mantienen los enunciados negativos con los hechos; y lo haremos a la luz de la teoría de la verdad como correspondencia, que considera que para cada enunciado verdadero debe haber un hecho, una situación objetiva que lo confirme.

Ahora bien, un enunciado verdadero puede ser tanto afirmativo como negativo: es indudable que existen enunciados negativos verdaderos. La pregunta que se plantea entonces es ¿qué es lo que hace verdadero a un enunciado negativo?, ¿cuál es el hecho que confirma el enunciado “no está lloviendo”?, ¿debemos pensar que los enunciados negativos constituyen un tipo especial de enunciados, cuya verdad no depende de adecuación alguna con la realidad, a diferencia de los afirmativos?, o bien ¿debemos esperar que existan falsedades objetivas, hechos negativos, coexistiendo en la realidad con los positivos, y que constituirían la confirmación de los enunciados negativos?

Con esta dificultad se toparon aquellos pensadores que, como Parménides, cuestionaban la dimensión ontológica de la negación. El problema que se plantearon era cómo justificar la existencia de enunciados negativos. Sosteniendo que la ausencia de una cualidad no es ella misma una cualidad, así como tampoco la ausencia de una relación es ella misma una relación, no podían ver cómo es posible que enunciados que simplemente niegan a un individuo la posesión de una cierta cualidad, o a un conjunto de individuos una cierta relación, pudieran todavía ser verdaderos y verificables. ¿Qué predicado estoy aplicando a los ojos de alguien cuando digo que no son azules?, ¿qué relación estoy adscribiendo a este jarrón y a esta mesa cuando

digo que el jarrón no está sobre la mesa?, ¿cómo estoy caracterizando la realidad cuando digo simplemente que las sirenas no existen? Ya que estos enunciados son verdaderos debe haber, se piensa, hechos que los hagan verdaderos. Nos encaramos aquí con alternativas paradójicas: o bien el enunciado negativo es en el fondo un enunciado afirmativo, o bien su verdad se funda en algo que no es enunciado por él.

Hay pensadores que afirman la existencia de hechos negativos que verifican las proposiciones negativas: para ellos es un hecho objetivo que no está lloviendo en este momento. Si me asomo a la ventana, sostienen, no constato simplemente la ausencia del hecho positivo de que llueve, sino que de algún modo percibo que no llueve como una cuestión de hechos: no sólo no percibo que llueve —eso podría hacerlo sin siquiera mirar— sino que además percibo que no llueve. Y es esta percepción de que no llueve —y no la falta de percepción— la que hace verdadero el enunciado “no está lloviendo”.

Esta concepción ha contado con numerosos e ilustres adeptos. En una primera época Russell sostuvo la posibilidad de la existencia de hechos negativos (*La Filosofía del Atomismo Lógico*). Según esta interpretación, al eliminar los hechos negativos simplemente se traslada el problema a las proposiciones, sacándolo de lo real e instalándolo en el lenguaje. Pero Russell sostiene que las proposiciones no son reales, no entran en un inventario del mundo; y como no tienen entidad autónoma, no nos sirven para deshacernos de los hechos negativos. Es preferible aceptar la elementalidad de los hechos negativos porque de lo contrario es muy difícil determinar el correlato de una proposición. También descarta el intento de reducir el hecho negativo a la simple ausencia de un hecho, porque para él la ausencia de tal hecho sería en sí misma un hecho.

Sin embargo, pensamos que en este mismo trabajo de Russell están dadas las bases de su cambio posterior. En primer lugar, acá introduce el concepto de “creencia”, fundamental en su teoría: las creencias se refieren a los hechos y son las que —por su referencia a ellos— son verdaderas o falsas.

En segundo lugar, si bien afirma que es una verdad incontestable que el mundo contiene hechos, le resulta imposible definirlos sin referirlos al lenguaje. Así, define el hecho como “aquello que hace falsa o verdadera una proposición”. Y ejemplifica: Las condiciones atmosféricas que hacen verdadero ahora el enunciado “está lloviendo” constituyen un hecho, “Sócrates está muerto” es verdadero en virtud de un suceso que tuvo lugar en Atenas hace siglos y “dos y dos son cuatro” es verdadero por un hecho aritmético. Pero son estos mismos hechos los que muestran la falsedad de “no está lloviendo”, “Sócrates está vivo” y “dos y dos son cinco”.

Estas afirmaciones son claramente contrarias a la existencia de hechos negativos y anticipan su posición definitiva, que niega la existencia de tales hechos. Podríamos afirmar que ésta es la posición “del sentido común”, en la mejor acepción que puede darse a esta expresión, y que alude fundamentalmente a la falta de sofisticación y rebuscamiento en el pensar. Posiblemente ésta sea la razón de que la teoría goce de una gran adhesión en los distintos círculos filosóficos, ya que pareciera ser la respuesta que el entendimiento acepta “naturalmente” al problema de la verificación de los enunciados negativos.

El planteo consiste en sostener que el mundo está constituido de hechos, pero que éstos son sólo positivos y bastan para determinar toda la realidad. Wittgenstein lo expresó así en distintas sentencias de su *Tractatus Logico-Philosophicus*: “La existencia y no-existencia de los hechos atómicos es la realidad (a la existencia de los hechos atómicos la llamamos también un hecho positivo, a la no-existencia, un hecho negativo)” (2.06), “Porque la totalidad de los hechos determina lo que acaece y también lo que no acaece” (1, 12), y en 2.05 “La totalidad de los hechos atómicos existentes determina también cuáles hechos atómicos no existen”.

De todos modos la posición wittgensteiniana ha producido ciertas perplejidades porque en ciertos aforismos algunos creen ver una reivindicación de los hechos negativos. A nuestro entender estas confusiones se originan en la falta de comprensión del significado preciso de su distinción entre mundo y realidad. Hay que recordar que para Wittgenstein estos dos son conceptos diferentes: la realidad es más amplia que el mundo, lo incluye e incluye además a los hechos negativos. O sea que el mundo estaría constituido por los hechos atómicos, pero la consideración de lo que sería lo existente sumado a lo no-existente constituye la realidad.

La postura que asumió definitivamente Russell con relación a los hechos tenía en cuenta fundamentalmente la relación entre los enunciados y la experiencia sensible. En *Investigación sobre el Significado y la Verdad* nos dice que, dadas las oraciones “en el plato hay manteca pero no hay queso”, aunque ambas parezcan basadas en la experiencia sensible se hallan en realidad en un plano muy distinto: hay un acaecimiento definido que es ver manteca en el plato, pero no hay ningún acaecimiento que pueda describirse como “no hay queso” o como la ausencia de queso en el plato. Uno ve lo que es cada cosa, no lo que no es: se ve lo que hay y se decide lo que no hay.

El hecho —positivo— de haber manteca en el plato no es ni verdadero ni falso, pero puede ser descripto por un enunciado que así lo será. El hecho constituye así el significado del enunciado. Pero hay que ser cautelosos en el uso de este término, ya que el enunciado significa un hecho determinado,

pero no al modo como el nombre significa un individuo determinado. Y Russell lo dice explícitamente, siguiendo a Wittgenstein: las proposiciones *no* son los nombres de los hechos, porque siempre hay por lo menos dos proposiciones relacionadas con cada hecho. Al hecho de que Sócrates esté muerto le corresponden tanto “Sócrates está muerto” como “Sócrates no está muerto”; y ese mismo hecho convierte a una en verdadera y la otra en falsa. Esta es, por otra parte, la diferencia fundamental entre las proposiciones y los nombres; una proposición no deja de ser una proposición por el hecho de ser falsa, en cambio un término que no nombra no es un nombre, es un simple sonido sin significación. Tampoco es posible nombrar hechos por otros medios, porque un hecho no puede ser nombrado: sólo afirmado o negado o querido o cuestionado; el hecho no es nunca sujeto lógico.

Así explica Russell cómo pueden ser verdaderas las oraciones negativas sin suponer la existencia de hechos negativos. Y todos los juicios negativos empíricos derivan de juicios negativos de percepción, lo cual muestra el papel fundamental que juega la experiencia en su tesis.

Ramsey, en *Hechos y Proposiciones* recoge esta versión de Russell y afirma que un juicio no tiene un objeto simple sino que constituye una relación múltiple de la mente o factores mentales con los objetos constituyentes de la proposición juzgada. Para eliminar la dificultad de la relación que mantienen las proposiciones falsas con los hechos, Ramsey postula que en caso del juicio se dan dos relaciones diferentes entre los factores mentales y el hecho a que se refiere, una de las cuales aparece en los juicios verdaderos y la otra en los falsos.

Esta es —con las variantes que le impone la filosofía de cada pensador— la teoría generalmente más aceptada para explicar el problema de la verdad de los enunciados negativos. Y a ella adherimos sin retaceos: creemos que no existen en el universo cosas tales como los hechos negativos; y que son los hechos existentes (en el sentido más amplio de existencia, que no se limita a la existencia espacio-temporal) los que convierten en verdaderas a las oraciones que los describen y en falsas a sus contrarias.

Pensamos que la realidad es un todo positivo que no admite grietas de no-ser. Todo en ella es “Sí”, todo es “más”. Pero en cuanto intentamos conocer el mundo, vivir en él, utilizarlo, aparece el elemento negativo. Para conocer la realidad es necesario recortarla: debo distinguir lo que es este árbol de lo que no es, en un intento de destacarlo de un fondo indeterminado. Y dentro del árbol debo separar la manzana que voy a cortar. Este es el modo de proceder de nuestro conocimiento, el que posibilita nuestro estar en el mundo. Pero el árbol en sí mismo es simplemente un árbol y permanece positivo e indiferente a mi afirmación de que no es un río.

Si esto es así, si sólo reconocemos los hechos existentes como positivos, podremos coincidir con Russell —y con tantos otros pensadores— en cuanto a la manera de verificar los enunciados negativos: hay un solo hecho que me sirve para verificar un enunciado que lo afirma y uno que lo niega. Y este es el único modo, a nuestro entender, en que se puede comprender que los enunciados negativos verdaderos no deben su verdad a hechos que, de existir, harían contradictoria la afirmación de que no existen.